

## CACHAZA

De: MORA, RODRIGUEZ VIRGILIO  
Editorial Universidad de  
Costa Rica, San José, C.R.  
1977.

Es la vida de miserias de Cachaza, contada por Él mismo, pues la novela es lo que este personaje sufrió y vio durante su permanencia en el asilo Chapuí, la Penitenciaría y los alrededores del Mercado Central. Cachaza desde muy pequeño presenció la muerte de su padre a manos de los revolucionarios del 48. Estos irrumpieron en su pobre casa y obligaron al padre a cavar un hueco para que le sirviera de tumba, después de que lo mataran. Su delito consistía en haber forrado su casa con las fotos del candidato contrario, para cubrir las rendijas y evitar que su hijo Cachaza, se enfermara. Muerto su padre, el hijo huye de Los Prados, su pueblo natal y pasa a formar parte de los vagos y pordioseros del Mercado Central, ahí aprende el "oficio de vagabundo" y pasa luego a la Penitenciaría, por no poder pagar los diez céntimos que le cobraban por el uso del servicio sanitario; tiene que defecar en presencia de un muchacho y lo acusan de vicioso y degenerado. En "la Peni" aprende a fumar marihuana y conoce toda clase de rufianes. A su salida, comienza nuevamente a robar lo necesario para comer, y vive la clásica vida del vagabundo de la ciudad. Toma licor y visita los parques, el Mercado y se hace acompañar por rufianes. En una ocasión ve una mujer muy parecida a su madre que sale de una cantina con rumbo a un hotelucho; los sigue y muy furioso golpea a la mujer que rueda por las gradas y muere. Este es el hecho, quizás que lo hace ingresar al Asilo. Ahí recuerda algunos acontecimientos de su vida, pero por sobre todas las cosas nos describe las barbaridades que ocurren en ese centro de salud. A pesar de que no habla y pasa por mudo, goza de gran lucidez y no

pierde detalle de lo que ve, oye o presencia. Es así como nos vamos enterando de todos los hechos que rodean a estos personajes. Se muestra como un paciente viejo de estar ahí pero sano de cuerpo y sin la menor intención de salir del lugar, por no tener donde ir. Por ello prefiere no hablar y disimular que comprende mejor que nadie lo que está ocurriendo en el Hospital. Ayuda al doctor Montuno, con la máquina de electrochoques, lava el carro a los médicos, hace mandados, borra la pizarra los días de presentaciones de casos, y goza de la simpatía de las enfermeras, auxiliares y médicos del plantel. Ellos lo utilizan para diversos trabajos como limpiar y ayudar a bañarse a los pacientes que no pueden hacerlo por sí mismos.

Este punto de vista privilegiado permite al autor penetrar en la historia y la vida cotidiana del hospital. Así se muestra el abandono en que viven los enfermos, la ignorancia de los médicos, las enfermeras jugando a doctores con los locos, la irresponsabilidad del personal tanto médico como auxiliar. Ninguno trabaja las ocho horas, unos tienen una cantina y pasan más ahí que en el hospital, otros visitan más el Bar México, que los enfermos, les interesa más un partido de fútbol que la vida de un paciente, toman licor en el asilo y duermen las borracheras ahí mismo, a vista y paciencia del director que nunca está y menos atiende a ningún enfermo. Por otra parte, en forma descarada se describe la vida de los locos, sus verdaderas necesidades, tanto afectivas como de alimentación que, poco a poco, tras ser llevados a los electrochoques y drogados inmisericordemente van perdiendo su identidad y convirtiéndose poco a poco en vegetales, en seres peor que animales, sin que nadie se preocupe por lo que ahí está pasando. Viven como animales en charcos de excremento, comiendo lo mismo todos los días, y recibiendo electrochoques y fármacos todos los días. Mientras que los médicos y residentes se dan la gran vida, comen bien, tienen a las secretarías como amantes, son bohemios y viciosos y sobre todo irresponsables y deshumanizados.



Un día Cachaza decide ocultarse debajo de la cama de El Viejito y pasar ahí los días sin ser visto ni molestado por nadie. Después de muchos días lo encuentran, gracias a un perro, hecho un puño de huesos, desnutrido, peludo, con piojos y envuelto en sus propios excrementos. Poco a poco vamos conociendo los diversos pabellones del hospital: aislamiento, Prestinari, Comedor, etc. y más y más calamidades, sufrimientos, abandono de los enfermos. Se hace un paralelismo entre el Chapuí y la Penitenciaría y no se encuentran casi las diferencias y cuando las hay sale ventajosa la Penitenciaría. La historia termina cuando el 24 de diciembre, Cachaza que ha mudado al Viejito para que asista a la fiesta de noche buena y se ha peinado y puesto una corvata vieja, aunque descalzo, ve partir al viejito rumbo al San Juan de Dios, enfermo y casi muerto: un médico descubre, por primera vez y después de muchos meses de estar ahí que lo que tenía era un tumor cerebral. Cachaza no resiste la separación y grita desesperadamente que no se lo lleven, hasta tanto no reciba sus visitas: los padres; en su desesperación habla, grita y se enfurece. El resultado es previsible. Se lo llevan y poco a poco, bajo los fuertes electrochoques y las pastillas diarias y la poca comida, la mala atención, van convirtiéndolo en un loquito más, en un vegetal en un ser sin identidad, en un deshecho humano, en una noche de paz.

La novela no sólo evidencia un mundo lúgubre, descarnado, crudo sino que pone en evidencia las causas sociales de la locura, el abandono a que son sometidos estos pacientes por sus familiares y quienes el estado paga para que los atiendan. Es la representación gráfica de nuestra sociedad, nuestros valores degradados. Un hombre que se ha deshumanizado y que vive de las apariencias, de los vicios y de las futilidades, para quien la vida de un semejante deja de tener sentido por el simple hecho de no tener apellido y aún aquellos que teniendo dinero, son abandonados por sus familiares por vergüenza social. Las cosas han cobrado más valor que los seres humanos. El hombre se ha embrutecido y es víctima de sus mezquindades, de sus pasiones. Por ello los médicos hacen

gala de su ignorancia, ni siquiera saben escribir correctamente sus nombres, su cultura es la del guaro y el fútbol, las amantes y los exesos del sexo. A lo sumo ven a los pacientes como conejillo de indias para fantasear pseudocientíficamente con otros colegas. Tienen varios trabajos y lo único que les preocupa es el sueldo y sus "pachangas".

Novela contemporánea, de trazo simple, sin complicaciones en su estructura pero profundamente desgarradora. El lenguaje sirve de elemento unificador y juega un papel importante en el efecto directo que siente el lector. La vida de los personajes sin nombre, los triviales, cobra magnitudes sobresalientes por el punto de vista que se adopta al narrar. No hay afán moralizante, opiniones sensibleras del autor, sino descripción y narración de hechos que hablan por sí mismos. Es denuncia de una situación social, no pasada, acabada y por lo tanto superada y consolatoria, sino presente, profundamente presente en nuestra sociedad deshumanizada, hoy como ayer o más que ayer. El asilo Chapul puede haber cambiado en sus condiciones sanitarias y quizás en sus formas de curar, pero los males sociales de nuestro sistema que provoca el estado depresivo o esquizofrénico de los pacientes, aún sigue con vigencia. Los hechos que narran los internos de los hospitales nacionales por irresponsabilidad médica siguen alarmando a quienes los escuchamos. Pero sin duda alguna los fenómenos más importantes que denuncia la novela aún tienen vigencia: la deshumanización de nuestra sociedad, la corrupción moral y política, la pérdida de valores positivos en el hombre como ser social e individual, la materialización del hombre, la masificación social, la alienación del individuo, etc. En pocas palabras la violencia institucional, social y política del hombre contemporáneo.